

¿Es Schoenstatt un movimiento profético?

Autor: P. Horacio Sosa Carbó, psch

Fecha: mayo 2004

Materia: Signos del tiempo; fe práctica en la Divina Providencia; profetismo

Categoría: Schoenstatt

Hace tiempo que vengo meditando sobre esta pregunta: ¿Puede decirse que Schoenstatt es un movimiento *profético*? (Casi me adelanto a afirmar que de no ser así... no sería Schoenstatt, pero vamos por partes).

Primero, hay que preguntarse en qué sentido entendemos aquí eso de “profético”. La respuesta no es difícil: no se trata de predecir acontecimientos, de anunciar cosas que van a suceder, catástrofes o épocas de oro... Lo profético se refiere aquí directamente a la capacidad de captar los deseos del Dios Viviente y de la Historia, para en la fuerza de la fe creadora de historia ser instrumentos capaces de co-crear y co-conducir los destinos de los pueblos.

Esos deseos son *leídos* en los signos del tiempo que han sido percibidos. A esa lectura le sigue una adecuada *interpretación*, que no simplemente se puede deducir lógicamente del signo encontrado. Esta “hermenéutica de los signos” es una tarea de mutua colaboración entre la capacidad natural de *discernir* entre lo bueno, lo verdadero, lo justo, etc., y lo que no lo es. Pero tales cualidades no en primer lugar ni solamente en sí mismas, sino en lo dinámico de lo histórico-cultural: lo que ha sido bueno, justo etc., en la Edad Media, no necesariamente lo es hoy. Una “criteriología de discernimiento” es urgente y necesaria. Pero no suficiente. Porque al realizar esta tarea estamos concretando el **carisma** (así llamado por el mismo Fundador) **de la fe práctica en la conducción sabia y amorosa del Dios Vivo**. Será necesaria por lo tanto, una criterología iluminada y dinamizada por el Espíritu Santo que, basándose en las capacidades naturales de ver, interpretar y concretar en lo histórico aquí y ahora, ya sea purificándolas, potenciándolas o corrigiéndolas, *hace conocer lo que Dios quiere*. Porque la **actualización de la voluntad histórica del Dios Vivo en el aquí y el ahora es esencial a lo profético**.

Pertenece de modo esencial y constitutivo a lo profético esta perspectiva no sólo pasiva de la fe en la providencia, sino activa-creativa: no sólo que el Padre-Dios va cuidar, a proveer lo que haga falta, sino que me invita a participar de la creación y conducción de la historia. Ya lo primero es una dimensión magnífica de la fe: poder reposar en Su Amor, siempre, en cualquier caso, pase lo que pase. Pero –según la mentalidad kentenijiana- faltaría lo dinámico-creativo de la fe. Por eso el P. Kentenich hablaba de una “*fe creadora de historia*”. Por lo visto existe también otro tipo de fe, y es realmente así: se trata de una fe dogmaticista-estática que se expresa repitiendo los contenidos dogmáticos siempre válidos pero sin la cercanía vital a la historia y por eso sin la incidencia creadora en ella. Se trata entonces de una fe ahistórica que se autoanula y, anquilosándose, se descalifica como fuerza decisiva en la lucha de los espíritus que movilizan la dinámica de la existencia en todas las dimensiones.

Lo “nuevo” tiene que ver por eso mismo con lo profético. Es propio del Espíritu “hacer todo nuevo”. Pero aquí, otra vez, lo necesario del discernimiento y de los criterios correspondientes: no por ser nuevo es bueno. Nunca es así, y tampoco por ser viejo... De ahí que lo profético kentenijiano tenga que ver con un fuerte anclaje en el pasado, (bien enraizado en la tradición) y con una apertura magnánima a la irrupción de lo alto que le confiere lo invencible de la fuerza de una intervención divina manifiesta y vivenciada como iniciativa histórico-concreta del Dios de la Historia. Y esta iniciativa de lo alto puede producir un corte con algunas cosas del pasado. Una *cierta* interrupción de la tradición, pero justamente al servicio de una nueva creatividad inspirada por el Espíritu Santo: La creación de nuevas tradiciones como prueba fehaciente de que Dios es el permanente Creador, Sostenedor en el ser y la existencia, y también el Conductor hacia futuros horizontes insospechados por el pequeño espíritu humano. Las nuevas tradiciones avalan las anteriores y la aseguran en su sentido profundo para el por-venir, el futuro incalculable.

Segundo, habría que preguntarse qué formas concretas debería tener una **pedagogía de lo profético**. (Por supuesto haremos apenas un comienzo del análisis).

- Adquirir adecuadamente una *conciencia profética*, quiere decir, nunca olvidarnos (o darnos cuenta por primera vez!), **que nuestro Padre fue un profeta**. Darse cuenta de que uno es hijo... es magnífico, pero cerciorarme de que mi Padre ha sido un auténtico profeta, hace que *me inserte en el devenir histórico con otra actitud, comprometerme con el devenir histórico de manera tal que se hace carne de mi carne*. No puedo hacer otra cosa que intervenir creadoramente en el devenir histórico.
- La responsabilidad histórico-profética va más allá de una mera *conciencia profética*. Exige un aprendizaje del ser capaz de *captar* los signos, *leerlos e interpretarlos*, y llevar a cabo una *concreción en la acción*.
- Tratar de responder a la pregunta: ¿En que consiste el *salto mortal profético* que tenemos que lograr dar? La ascensión del salto profético del Padre le toca como responsabilidad a los hijos.
- ¿Y cuál es el *riesgo* que corremos? Si no se *actualiza el riesgo* del salto no es histórico-existencialmente significativo, ni eclesialmente, ni secularmente.

Se podría tener la impresión de que se trata principalmente de una técnica, de un arte –en el mejor de los casos- para poder dominar este captar los signos, saber leerlos e interpretarlos y llevarlos a la concreción factual-histórica. Por supuesto esto constituye una parte necesaria del carisma de la fe práctica en la conducción providencial del Dios Vivo. Se trata de un don natural, ejercitado, hecho segunda naturaleza, purificado y potenciado por el Espíritu Santo. Las dos dimensiones son constitutivas y actúan en simultaneidad. De ahí que la parte del “nada sin nosotros” deberá ser asegurada mediante *el entrenamiento de la capacidad natural* (talleres, jornadas de trabajo con análisis de signos concretos, los cuales se leen, interpretan y se ponen como la base de la *provocación profética que exige una respuesta en la vida, tratando de concretar esta respuesta, de modo individual o comunitario*).

La parte del “nada sin ti”, o sea, la acción específica de Dios, podríamos sintetizarla en la frase: Esto no es posible sin un Pentecostés actualizado y específico. La irrupción del Espíritu Santo (no tiene por qué ser con viento impetuoso, puede ser suave brisa...) se actualiza en Schoenstatt y se especifica no solamente cuando vivimos la letra (que puede matar), sino el espíritu (que vivifica siempre).

- De ahí que se pueda afirmar que esto del carisma de la fe creadora de historia se hace tal, es decir carisma profético, cuando se tiene la experiencia del **Pentecostés kentenijiano**. En un sentido análogo, salvando las distancias -¡pero también rescatando la esencia de la realidad que ocurre!- podemos hablar de una *irrupción del espíritu* del profeta José Kentenich con todas las consecuencias pentecostales. La forma de actuar del Padre Kentenich es a través de su espíritu que actúa en los que, creyendo en él, se abren a su inspiración.
- Por eso se puede decir que estamos ante una concreción histórica de la actualización creativa de lo que Jesús llamaba “ser bautizados en el Espíritu Santo”, como “la Promesa del Padre” (Hch 1, 4-5). Esto no es nada exclusivo de Schoenstatt, ya que todo Fundador sigue vinculado y actuante en su Familia, Movimiento etc., pero para Schoenstatt (vivenciándolo con todas las consecuencias) es especialmente necesario por el carácter precisamente *profético* que le es propio. Podríamos decir que ese bautismo en el espíritu de José Kentenich nos hace clamar Abbá como hijos amados por el Padre-Dios y el Padre-Kentenich, que en Jesús nos hacen hijos con misión profética. Que todo esto pueda suceder es cuestión justamente de fe. La misma fe que nos

hace saber que Ella en su Santuario nos intercede este espíritu que sin el Espíritu es una pura fantasía pseudoreligiosa.-

Creo que a la larga se va a notar si alguien ha recibido este “bautismo”, o no. Si ha vivenciado *este* Pentecostés, o todavía no. Como el tema da para verlo desde muchas perspectivas, tenemos que dejarlo aquí. Si Dios quiere seguiremos meditando sobre qué significa *este* Pentecostés y *este* ser bautizados.-

Horacio Sosa Carbó